

**Juan de Ford: “los campos y las aldeas,
las viñas y las granadas”¹ *Sermones 89-91 Sobre el Cantar***



PIERRE - YVES EMERY, de Taizé.

CuadMon 132 (2000) 13 - 24

Una recensión reciente indica que Juan de Ford benefició con un importante coloquio a los USA.² Y la traducción francesa de sus 120 *Sermones* sobre el *Cantar* aparecerá próximamente en la colección *Pain de Cîteaux*. Henos, pues, aquí invitados a hacerle lugar, en nuestro conocimiento y en nuestra lectura de los Padres Cistercienses, a este autor, abad inglés de la tercera generación cisterciense. De lo que nos presentan estos sermones, que prolongan el comentario iniciado por san Bernardo (en 86

¹ «PIERRE – YVES EMERY es de nacionalidad suiza, nació el año 1929, y entró en la Comunidad de Taizé en 1953. Es teólogo, pastor reformado. Ha publicado numerosas obras de teología espiritual y ecuménica. Tradujo los *Sermones* para el año de san Bernardo, y las obras de Gilberto de Hoyland y de Juan de Ford (de próxima aparición). Ha dado numerosos retiros y cursos en diversos monasterios. Desde hace veinte años pasa la Cuaresma en un monasterio trapense. Se dedica a la formación de laicos y dicta cursos de teología a los hermanos jóvenes de su Comunidad». El presente artículo fue publicado en *Collectanea Cisterciensia* 61,2 (1999), pp. 148-157, y ha sido traducido por la Hna. Mabel Iriarte, oco (Abadía Ntra. Sra. de Quilvo, Chile).

² PIERRE - ANDRÉ BURTON, *Un important ouvrage sur Jean de Forde*, en *Collectanea Cisterciensia* 60 (1998), pp. 272-275.

sermones) y continuado por Gilberto de Hoyland (en 47 sermones)³, nos parece oportuno proponer aquí una muestra y una primera degustación. Para abrir el apetito de los lectores, tal vez turbados ante una obra tan considerable por su extensión, pero llena de encanto y de un verdadero valor espiritual. Ella permanece casi desconocida, puesto que la edición, de un solo manuscrito del que se dispone actualmente, data sólo del año 1970⁴, y que además de algunos extractos traducidos y presentados por el P. Robert Thomas⁵, espera desde hace mucho poder ser accesible en francés (está traducida al inglés solamente desde pocos años).

El tema que hemos retenido aquí es el objeto de tres sermones -89 a 91- y se presenta como muy sintomática con una preocupación mayor del autor: la vida contemplativa en una época en la cual, en Inglaterra, la carga abacial corría el riesgo de ser absorbida por el peso de las preocupaciones materiales. Al comienzo del siglo XIII, en efecto, reina Juan sin Tierra, cuyas necesidades de dinero amenazaban con agobiar los monasterios hasta llevarlos a la quiebra y reducirlos a la miseria. Juan de Ford interpreta en esos acontecimientos un llamado del Señor a una verdadera pobreza y a un rigor en la renuncia⁶. Pero eso no soluciona las preocupaciones materiales del abad. Sin contar que, una pobreza muy exigente y permanente, puede dificultar la vida fraterna suscitando angustia, agresividad, murmuración, rebelión. Pero la gracia y la exigencia contemplativas podrían también ser obstáculo para la unidad fraterna, si ellas llegaran a ser ocasión de orgullo, una manera de mirar desde lo alto a quienes deben trabajar en el servicio de sus hermanos, una forma de vanagloria por haber elegido la mejor parte.

He aquí pues los dos temas principales abordados por el autor en estos tres sermones. Por una parte, la necesidad para el abad de recordar que su carga es ante todo espiritual y debe guardar un carácter contemplativo, incluso si ella está lejos de excluir una preocupación material: las almas no existen sin cuerpo, sino lo atraviesan. Y por otra parte, el llamado espe-

³ *Collection Pain de Cîteaux*, serie 3, vols. 6 y 7.

⁴ Ed. de E. MIKKERS y H. COSTELLO, en el *Corpus Christianorum (Continuatio Medievalis)*, vols. XVII-XVIII.

⁵ *Mystiques cisterciens*, Ed. de l'Oeil, Paris 1985, pp. 269-306.

⁶ Cf. *Sermón 76* [en adelante abreviamos: Serm.].

cífico y circunstancial a la humildad y al amor en vistas de la comunión fraterna, porque ésta no es solamente el fruto de la vida contemplativa, sino que se revela como su condición absoluta. Así la esposa que se expresa en estos dos versículos del *Cantar de los Cantares* simboliza ya aquel que lleva la carga pastoral de sus hermanos, ya a cada uno de aquellos que tienen vocación contemplativa en la comunidad.

*¡Ven Amado mío, clama la esposa, salgamos al campo!
Pasaremos la noche en las aldeas. De mañana iremos a las
viñas; veremos si la viña ha florecido, si las flores engen-
dran frutos, si las granadas están en flor. Allí te daré mis
senos (Ct 7,11s.).*

I. La Esposa: el Pastor, el Abad

Una primera sorpresa: ¿por qué la esposa quiere salir? Después de tantos elogios del Esposo sobre ella (en los versículos precedentes) y después de haber afirmado ella misma que se dona toda a él, ¿estará ya cansada de su intimidad, fatigada de la ociosidad contemplativa? Imposible: es preciso entender en la invitación que ella dirige al Amado una expresión de su amor (Serm. 89,6). Ella le pide ser «el testigo y el compañero de sus idas y venidas» para encontrarlo y abrazarlo. ¿Pero dónde encontrarlo? En la persona de quienes ella es responsable, puesto que la esposa aquí es el abad. En rigor, las viñas podrían evocar los escondrijos donde los amantes encontrarían el medio de aislarse, pero los campos suponen espacios abiertos a todas las miradas y las aldeas los lugares poblados (Serm. 89,7).

Si la esposa quiere ir a los **campos**, es para trabajar - actividad que brota de su ocio contemplativo y que la llevará a él. Los campos como también las aldeas simbolizan el cuidado que debe tener el abad de las dimensiones materiales del monasterio (Serm. 89,8). Pero, en la Escritura la figura del campo es ambivalente: es allí que Caín invita a Abel a seguirlo... Es allí también que las espinas y las zarzas tienden a ahogar la Palabra de Dios. Asimismo es de allí que viene el hijo mayor de la parábola cuando rehúsa entrar en la fiesta. Todo esto para evocar el riesgo de dejarse absor-

ber por las preocupaciones materiales por legítimas que ellas sean, y más gravemente por el deseo de acumular campo tras campo. El Cristo que invita no será más entonces un compañero, sino un «juez y un adversario» (Serm.89,9).

Por la existencia material del monasterio, la esposa afronta el mundo y sus tumultos sólo con el auxilio del Amado: «Él la conserva humilde en los éxitos y alegre en los fracasos». Él le concede conducir los negocios con un espíritu evangélico. Incluso al precio de sacrificios financieros, le otorga el don de preferir ante todo la libertad interior (Serm 89,10)⁷.

En cuanto a las **aldeas**, el autor las entiende aquí en un sentido casi literal, exhortando al abad a amar lo que es humilde: a comportarse con bondad hacia los campesinos que están al servicio del monasterio⁸. De ellos también deberá dar cuenta al Señor, en lo concerniente a su deber de no explotarlos, de no tomar las tierras que les han sido otorgadas, sino al contrario ayudando a los indigentes, particularmente a las viudas y a los huérfanos (Serm.89,11).

Esto por lo que se refiere a las responsabilidades materiales -consideradas de manera claramente espiritual. La **viña** simboliza la comunidad en la cual el abad tiene el servicio espiritual «A la mañana» para expresar la urgencia y la prioridad de esta carga. Pero, de hecho, el texto habla sucesivamente de *las viñas* y de *la viña*, lo que significa que «cualquiera que preside debe prodigarse por la salvación de cada uno en particular, entregándose todavía más al servicio de la unanimidad y de la paz de todos». Porque la comunidad no es la simple adición de los individuos, sino una trama de relaciones interpersonales que exige ser organizada.

El autor toma del canto de la viña, en *Isaías 5*, y de la parábola de la higuera estéril; las imágenes ilustran los diversos aspectos de este ministerio pastoral del abad, este «arte de las artes», esta «actividad de las activi-

⁷ Cf. *ibid.*, 9-11.

⁸ No estamos más en el tiempo de la primera generación cisterciense, en la que los monasterios querían vivir de su trabajo, sin recurrir a la mano de obra externa y a las rentas.

dades». Él no se considera el dueño de la viña y no se apoya en su habilidad y sus virtudes, sino que confía en Cristo, el verdadero «administrador» (*procurator*, según *Mt* 20,8) de esta viña y tendrá conciencia de ser aquel a través del cual Cristo se hace cargo de su viña (Serm. 90,1).

Esta viña ha sido plantada «delante de Dios», puesto que de él ella recibe su unidad. Y es la misma palabra de Dios quien la cuida: ella juzgará un día el árbol por sus frutos; y desde ahora, por medio de la disciplina regular, rodea la viña con un cerco; por sus reproches la poda y remueve la tierra; por su humildad, como el abono depositado al pie de la planta, dirige de alguna manera el corazón del monje hacia la humildad, hacia sus raíces. Toma además la forma de la lluvia de la mañana y de la tarde, caída de esas nubes que son los profetas, los apóstoles, los santos doctores. Y surge también de esas pequeñas nubes que constituyen las palabras del abad.

Imposible entonces murmurar contra el Padre de familia como si él no hubiera hecho por su viña todo lo que debía hacer. Sólo queda esperar que él dé el crecimiento.

Invitando al Amado a ir con ella a visitar su viña, la esposa explicita lo que se ha de ver: «si ha florecido y si las flores engendran frutos». Flores y frutos: dos imágenes que aquí también se esclarecen a la luz del canto de la viña en *Isaías*, cap. 5: el Amado espera de ella *juicio* y *justicia* (v. 7). El juicio -o la flor- en el sentido que el cristiano es llamado a juzgarse ahora a sí mismo para no tener que ser juzgado por Dios (*I Co* 11,31) y la justicia -o el fruto- en el sentido que, preparado por esta actitud de humildad y veracidad sobre sí mismo que es el juicio, ella florecerá en paz y alegría en el Espíritu Santo (*Rm* 14,17), y en ese fruto del Espíritu que es el amor en todas sus facetas (*Ga* 5,22). Con fineza, el autor piensa aquí en un versículo de los *Proverbios*, según el cual una respuesta de justicia se confirma con un beso sobre los labios (*Pr* 24,26). Si se tiene en cuenta el sentido que recibe el beso en la interpretación espiritual del *Cantar de los Cantares*, se comprenderá que esta justicia en la vida fraterna depende de la contemplación: ella une místicamente a Cristo (Serm. 90,3 y 4).

En contraposición, el autor evoca severamente lo que deviene una comunidad en la cual a falta de juzgarse a sí misma, se dirige el juicio y la crítica hacia otros.

Bajo pretexto de seriedad y de emulación, se juzga la intención y se hiere mutuamente. La «pusilanimidad» -la falta de seguridad psicológica en sí mismo- se disimula bajo expresiones de agresividad y se expresa en falta de delicadeza y de respeto que van hasta las injurias: se defiende atacando. En lugar de la justicia, el Viñador cosecha entonces *el clamor* (Is 5,7), dicho de otra manera la rebelión y el endurecimiento, clamor que muy posiblemente suscita el juicio y la condenación de Dios (Serm. 90,5).

El amor fraterno, puesto concretamente en obra, dirige toda la vida monástica en lo que ella tiene de más esencial, su finalidad contemplativa: «Sin él, es en vano que nos fatiguemos, que ayunemos, que velemos y salmodiemos, en vano finalmente que recemos, excepto tal vez rezar para que nos sea dado el amor que nos reconciliará con los hermanos». La unanimidad es el fruto delicioso que se trata de ofrecer a Dios: ella no resulta solamente de los medios y de las condiciones de la contemplación, reviste ella misma un valor contemplativo, es constitutiva del impulso hacia Dios. Que la comunidad se presente pues en el Espíritu como un hombre único, para realizar esta palabra referente a lo que el Señor espera de su viña: *El hombre Judá es su fruto exquisito* (Is 5,7; Serm. 90,6).

Con respecto a las **granadas**, que la esposa invita al Amado a ir a visitar con ella, el autor retoma el color característico de la corteza de las granadas: pálido y amarillento. Tal es el color de aquellos que se sacrifican por la comunidad -comenzando por el mismo abad- y tanto este trabajo les fatiga psíquicamente y les priva, en gran parte, del tiempo necesario para la contemplación. Que esto los haga merecer, al menos, la consideración de sus hermanos, porque ellos son como señores a quienes se sirve (Serm. 90,7).

El autor llega aquí a denunciar un riesgo que está lejos de ser imaginario: el riesgo de aprovechar indebidamente de la humildad de aquellos que se sacrifican, el riesgo de considerar como debilidad la voluntad del superior de ser para sus hermanos un servidor que se abaja a imagen de Cristo. El riesgo pues, de menospreciar este abajamiento, de reaccionar orgullosamente y de hacer imposible el ejercicio de la autoridad. La verdadera actitud requerida a los miembros de la comunidad es unirse por la humildad y el reconocimiento a aquellos que, los presiden en el Señor (*I Tes 5,12*), se ponen bajo sus pies. Si el abad organiza todo su hacer para que

su servicio sea del agrado de los hermanos, él espera una respuesta y un fruto de amor que se sitúan en la misma profundidad. Sí, es el recuerdo preciso de los abajamientos de Cristo que preserva a la comunidad de abusar de la humildad del superior (Serm. 90,8).

A continuación de esto, la promesa de la esposa toma una importancia considerable: «Ahí, yo te daré mis senos». En una perspectiva maternal el párrafo significa que, amamantando espiritualmente a quienes Cristo le ha confiado, es a él a quien ella sirve, a quien descubre y contempla en el servicio del más pequeño de sus hermanos.

Pero la frase puede también comprenderse en un sentido conyugal, como una manera de afirmar: «ahí», me daré totalmente a tí. «Ahí», es decir, bajo las granadas, pero también en la visita de los campos, de los poblados y de las viñas. Porque, llevando a Cristo a través de los diversos aspectos de su ministerio, la esposa no ha cesado de abrazarlo tiernamente, de amarlo en sus hermanos, de adorarlo en aquellos que sufren pacientemente. Cualesquiera sean sus actividades, «jamás la alegría depositada en ella la apartó de la disponibilidad contemplativa» (*vacationis internae*). Frecuentemente visitada por el Amado en la contemplación propiamente dicha, ella no hace más que progresar místicamente a través de su servicio, no ha hecho más que profundizar su deseo de él sirviéndole, porque ha tenido cuidado de llevarlo sin cesar con ella: «Ven, Amado mío» (Serm. 90,9). De esta forma el autor nos confía discretamente algo de sí mismo. También obró así su modelo, san Martín, de quien su biógrafo escribió, que cualquiera que fuera su actividad, no cesaba de orar⁹.

Antes de pasar a la otra interpretación de esta palabra de la esposa, y para hacer la unión entre el abad y «las almas contemplativas» de quienes tiene la carga, parece importante tomar prestado de otro sermón la afirmación de Juan de Ford sobre la coresponsabilidad que debe tener la comunidad y que el abad debe suscitar. Está lejos de ser él sólo el guardián de la viña: cada uno tiene el deber de ser su propio guardián y de participar en el cuidado del grupo: «Está bien, hermanos míos, porque nosotros nos pre-

⁹ Sulpicio Severo, *Vida de San Martín*, 26. Hay que reconocer que Juan de Ford no habla siempre de la relación entre ministerio y contemplación como de una simbiosis. En otros pasajes subraya entre ellos una penosa tensión.

ocupamos juntos del cuidado de esta viña... Cada uno de ustedes, comparte conmigo la constante responsabilidad de velar, lo mismo que yo comparto con ustedes mi responsabilidad. El peligro y los éxitos no son diferentes para mí y para ustedes; ayudémonos, pues, mutuamente los unos a los otros» (Serm. 117,7).

II. La Esposa: el alma contemplativa

El autor también pone esta palabra del *Cantar de los Cantares* en la boca de «un alma que se une tiernamente al Verbo de Dios, y tanto más tiernamente cuanto que ella está libre de la carga de la autoridad y de toda otra preocupación exterior». ¿Qué significa entonces para ella «salir», cuando invita al Amado? Entrar y salir, en su caso, deben interpretarse espiritualmente como dos dimensiones de su contemplación: ella «entra» cuando busca las realidades eternas, y «sale» cuando fija su atención contemplativa sobre la encarnación de Cristo. Y en los dos casos, ella encuentra un lugar de pastoreo, como lo promete Jesús (*Jn* 10,9; Serm. 91,1).

Sin embargo, según este pasaje del *Cantar de los Cantares* no se trata tanto de la encarnación propiamente dicha, sino de sus consecuencias ulteriores, de su prolongación actual: la vida de Cristo en su Iglesia, su presencia en sus amigos. Porque las visitas del Verbo, que constituyen una experiencia espiritual fuerte, pueden arrastrar al contemplativo hacia el orgullo. El antídoto será dirigir su mirada y su atención sobre los ejemplos de virtudes que le rodean. Emulación saludable, sí, pero que surge de una actitud eminentemente contemplativa, puesto que esas virtudes son la manifestación de la presencia de Cristo en ese fiel. He aquí porqué la esposa -el alma contemplativa- suplica al Amado salir con ella, iluminando y afinando la atención que conduce hacia la virtud de otros. Es preciso una mirada pura, pura de todo egocentrismo e inflamada de amor. Esta emulación contemplativa encuentra su pureza en la mirada dirigida hacia Cristo mismo y, a su vez, ella purifica y profundiza esta mirada (Serm. 91,2).

¿Qué encuentra ella en los **campos**? La misericordia de Cristo, de la cual está llena la tierra (*Sal* 118,64) y más particularmente oculta en el campo, este tesoro es inmenso: la salvación, el Reino de los cielos, tal como

ese reino se despliega gracias a aquellos que ejercen bien su ministerio pastoral (y abacial). Cuando los pastores, dignos de ese nombre, exhortan a la perseverancia, su servicio pertenece al orden de la adquisición, y cuando ellos reprenden al pecador en vistas de su conversión, su servicio es del orden del rescate.

Tan grande es el valor que la esposa otorga a este campo, que ella es conducida a la humildad. Lejos de enorgullecerse de su disponibilidad contemplativa, o jactarse de su gracia propia, ella se reconoce sierva inútil (Lc 17,10) frente al ministerio de aquellos que no viven para ellos mismos (2 Co 5,15), sino para la Iglesia de Dios (Serm. 91,3).

Permanecer en los **poblados**, simboliza una humildad más profunda todavía. Se trata de dirigir la atención sobre los más humildes, sea en el monasterio mismo –tal vez, los conversos–, sea alrededor del monasterio: las muchedumbres sin educación y a menudo bastante miserables, ante las cuales surge la tentación del menosprecio. Éstos son los pobres que Cristo abraza con preferencia, que llama a sí y a los que les promete el Reino. El «mundo» los menosprecia, los rechaza; pero la atención contemplativa fijada sobre ellos implica una actitud no conformista, un gusto por la humildad, el deseo de unirse a ellos, de estar entre ellos, «porque, Señor, es con ellos y entre ellos que estás tú». Así la contemplación es preservada de un sentimiento de superioridad cultural (Serm. 91,4).

Luego la mirada se detiene sobre las **viñas**, símbolo de las comunidades religiosas que tienen en cuenta el valor de la penitencia. Esta es primeramente interpretada como un lagar donde el alma fatigada encuentra su embriaguez (¡idea admirable la penitencia como refección!), pero también y sobre todo para ofrecer al mismo Señor con qué embriagarse: el producto de la viña, echando en el olvido el pecado. Sin embargo, la imagen del lagar no vale solamente para la penitencia: el autor la extiende a la meditación y a la oración, considerada como una forma, para el espíritu, de apretar mucho y fuertemente la palabra de Dios para extraer impulsos de humilde y ferviente afecto. ¿El vino que así brota? El amor de Jesús. Pero más allá de las palabras y del velo de las imágenes, se llega entonces a lo que procede del «magisterio» del Espíritu, misterio que sólo conoce aquel que lo ha recibido (Serm. 91,5).

Esta evocación de la *lectio divina* conduce al abad -que es el autor- a intervenir a menudo más personalmente: «¿Cuál no es mi alegría, cuando a las horas matinales los veo a ustedes darse prisa con emulación hacia los altares del Señor de la armada celestial como hacia los lagares?». De acuerdo al contexto, interpretamos esos altares en un sentido figurativo, para simbolizar la ofrenda de la alabanza, la cual consiste en hacer memoria de todo lo admirable que Dios ha hecho por nosotros. Y ciertamente se trata de un secreto personal de cada uno. Pero graciosamente, el autor afirma que, a veces, el Espíritu le permite adivinar algo de ese secreto en un hermano, y alegrarse. Sin embargo, como abad, no deja de preocuparse por aquellos que a esa misma hora, «bostezan, deambulan inútilmente con curiosidad vagabunda y pierden su tiempo en charlas inútiles». Porque «si la vendimia es pobre, también habrá poco para beber».

Y he aquí una tercera y rápida identificación del lagar: aquel de un santo amor y de la preocupación por la paz, de donde fluye el vino del amor de Cristo que alegra el corazón (*Sal* 103,15; Serm. 91,6).

El tema de la unidad fraterna en la comunidad también es tratado. El autor lo relaciona con las imágenes de la flor y del fruto de la viña. Lo hace para subrayar cuánto, como una flor, la comunión es frágil; y cuánto unida a la subjetividad de unos y de otros, rápidamente puede ser perturbada, rápidamente herida. Pasar de la flor al fruto implica «inscribir la ley de esta unidad en lo profundo del corazón», y preocuparse por no permitir la menor contestación, provocada o súbita, que pueda crear una ruptura, sino escuchar la exhortación de Jesús: «*Ve a reconciliarte con tu hermano*». Porque además del sentido que ella tiene en sí misma, la unidad fraterna determina la vocación contemplativa del monasterio: «Sin la preocupación por esta unidad, es en vano aspirar al amor de Cristo» (Serm. 91,7).

Así «el alma contemplativa se levanta sin pereza en la mañana, con Jesús mismo, para ir a visitar esas viñas» de la comunión fraterna. Ella encuentra con qué inflamar su amor, pero también con qué mantener ese amor en la humildad. Descubre en particular de cuántas maneras el amor de los demás la precede y se le adelanta. Aprende a superar la envidia, considerando a los otros como superiores a sí y buscando el interés de los otros, antes que el suyo propio (*Flp* 2,3s.). Como lo invita el final del *Salmo* 47,

he aquí que visita la aldea, la recorre y cuenta las torres y las casas, reconociendo en cada una de ellas a Cristo que habita. De esta forma la emulación equilibra y funda realmente la búsqueda contemplativa personal (Serm. 91,8).

Ahora la esposa invita al Amado a visitar las **granadas**. Gracias a él, ella también podrá dirigir sobre éstas la mirada contemplativa que descubre la presencia de Cristo en el otro, y mantenerse así en humilde y admirable emulación. El color pálido de la corteza de las granadas simboliza aquí a aquellos que a través de la enfermedad, la ansiedad de las preocupaciones y toda forma de persecución, perseveran en la paciencia. Porque la paciencia (considerada a menudo en nuestro lenguaje sinónimo de pasividad y debilidad) representa, para la Escritura y la tradición, una fuerza de perseverancia que permite pasar la prueba sin rebelarse ni murmurar. Ella transforma el sufrimiento en firmeza porque confía en Dios, lo une a la cruz de Cristo y recibe de él ayuda y auxilio.

«Qué dulce y fructuosa es, a los ojos de la esposa, esa contemplación de las granadas: ve a su Amado crucificado de nuevo y, por eso, se siente conducida a un humilde fervor y dispuesta a la paciencia».

Con fineza, el autor anota que, a propósito de las granadas, a diferencia de las viñas, el texto no se preocupa de saber si las flores preparan los frutos. Porque las flores aquí son menos delicadas. ¿En qué sentido? En el sentido que «pacientes, lo somos todos ante los golpes que llegan directamente de Dios¹⁰, mientras que la paciencia fácilmente nos falta cuando se trata de soportar un mal venido del prójimo». «Igualmente, lo que nos es infligido por extraños toca más ligeramente nuestra alma y no golpea tan violentamente el escudo de nuestra paciencia». Hay que repetir que las flores del amor son muy frágiles y que es necesario preocuparse por ellas hasta que la dilección no se haya revestido con la fuerza del Espíritu frente a las ofensas (Serm. 91,10).

Discerniendo el sufrimiento y la victoria de Cristo en la paciencia,

¹⁰ Aquí hay que interpretar con precaución: en sentido amplio, los golpes no vienen de Dios. El creyente, por la fe, puede discernir en una prueba, llegado el caso, una interpelación que viene de Dios, un gesto de su mano, la cual por lo demás no se descarga sino para socorrer.

que la esposa puede admirar en otros, ella obtiene un manantial de fervor contemplativo y de ofrenda de sí misma. Mientras que el «mundo» se aleja de aquellos que sufren, ella reconoce en estos las «madres» y los venera como a los mártires, sabiendo bien «que ama en ellos, que los recibe y los venera».

Pero generalizando más, su fervor contemplativo renovado -la ofrenda de todo su ser- resulta de la mirada maravillada y de humilde emulación que ella ha posado sucesivamente sobre los buenos pastores, sobre los humildes y sobre el amor de los hermanos en la comunidad, antes de detenerse sobre la paciencia de los que son probados (Serm. 91,11).

Por otra parte su admiración, más allá del monasterio, se extiende mucho más ampliamente a toda la Iglesia. La bendición de esta admiración -la efusión de ese don excelente- la conducirá a abrir sus brazos no solamente a la persona de Cristo, sino también «a todo lo que tiene el perfume y el gusto de Cristo, a todo lo que se une a él». ¿Recibiremos nosotros aunque sea una gota de esa bendición? Ella nos hará desbordar de amor recíproco en la comunidad monástica. Y además, hará de esta comunidad, hacia el exterior, una fuente de emulación para toda la Iglesia, «primero hacia los que están más cerca, luego hacia todos los que están más lejos». Tal es verdaderamente lo que el monasterio está llamado a ser en su entorno, una parábola de esta comunión que es la Iglesia.

«Que por las oraciones y por los méritos¹¹ de su esposa, el Señor se digne concedernos la muy abundante fuente de esta unción que es Cristo, quien con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. *Amén*» (Serm. 91,12).

Communauté de Taizé
71250 Taizé.
Francia

¹¹ Las gracias de Dios puestas deliberadamente en obra por los creyentes, y que Dios honra y valoriza, le dan como un peso a la oración.